

CAPITULO CLXVII.

Política interior durante el reinado de Felipe II.—Las Cortes.—Política exterior.—Guerras contra los infieles.—Resultado que de ellas alcanzó España.

COMPRÉNDESE perfectamente que un monarca como Felipe II que, en tratándose de su autoridad, no transigía ni guardaba consideraciones ni aún con el Sumo Pontífice, mucho menos habría de mostrarse deferente con poderes meramente temporales, cual sucedía con las Cortes.

«El derecho de legislar en union con el Monarca, de intervenir en todos los negocios del Estado, de negar ó otorgar impuestos, de inspeccionar la inversion de las rentas públicas y de proponer y pedir todo lo que creyeran conducente al bien de los pueblos, éstas y otras prerogativas que por las leyes del reino y por antigua costumbre tenían las ciudades representadas por sus procuradores, no podían ser miradas con aficion por un príncipe que no sufría se menoscabara en un ápice su soberanía. Y lo extraño es que habiendo hallado el poder de las Cortes tan abatido ya, tardara tanto en acabar con una institucion que simbolizaba las franquicias populares (1).»

Así dice un historiador, y en efecto era extraño que el Monarca que no guardaba miramientos hacia instituciones tan respetables como los seculares fueros aragoneses, los tuviese para otras que, si bien tan dignas de consideracion como aquéllos, eran una rémora para su autoridad, y hubieran sido más fáciles de destruir seguramente. Sin embargo, la extrañeza que á primera vista causa este hecho, se disminuye teniendo en cuenta que Felipe II, como dice con gran exactitud un escritor, era más dado á inutilizar y destruir lenta y paulatinamente aquello mismo que fingía respetar, que á dar golpes violentos y decisivos, pero francos, porque esto era contra su carácter.

Tal fué indudablemente el motivo que obligó al hijo de Carlos V á convocar no pocas veces las Cortes, y aún á tenerlas reunidas años enteros, pero comenzando por no asentir á algunas de sus peticiones á fin de desvirtuarlas, fué paulatinamente aumentando el número de las que eran contestadas negativamente, y llegó hasta conceder sólo un número muy exiguo de ellas. Varió despues de táctica y adoptó el sistema de no dar contestacion alguna á las propuestas de los procuradores, y ocurrió el caso de haberse reunido unas Cortes sin que se hubiese satisfecho ninguna de las proposiciones de las anteriores.

Despues adoptó el medio de tenerlas abiertas dilatado espacio, irrogando con esto perjuicios de gran consideracion á los procuradores, perjuicios que éstos le hicieron presente, pero á que no atendió ni tomó en consideracion siquiera, porque ya obraba así con estudiado cálculo.

De aquí nació una postracion, un cansancio, un abatimiento por parte de las Cortes, que permitió á Felipe dar pragmáticas y legislar de propia autoridad sin consultarlas para nada, y aún cuando los procuradores dijeron que al menos se tuviese la atencion de consultarlas, y aún cuando en algunas ocasiones clamaron todavía por el remedio de muchos abusos, el Monarca no hizo caso de sus quejas, y prosiguió el plan que se trazara, dando el golpe de gracia á una institucion que ya en vida de su padre recibiera un golpe formidable en Villalar, golpe que él mismo estaba resuelto á dar si se le presentaba ocasion, segun hemos visto.

Pero las Cortes, á pesar de encontrarse tan abatidas, á pesar de tener ya tan amenguada su influencia desde la época de Carlos V, y á pesar de que comprendían ya tal vez el objeto que se proponía Felipe II, en más de una ocasion, durante todo aquel siglo XVI tan fecundo en acontecimientos, dieron más de una muestra de su antigua energía.

Los excesos y los abusos cometidos por la autoridad real fueron más de una vez objeto de reclamaciones enérgicas, y en más de una ocasion demostraron y reclamaron resueltamente contra el nombramiento de diputados que disfrutaran sueldos, bien del Estado ó bien de la Casa Real, con otras reclamaciones no menos justificadas.

Pero el Monarca, maldito el caso que de esto hacía, prosiguiendo en su sistema de calculada resistencia, sin negar en absoluto y sin acceder tampoco á lo que se le pedía.

Lleno de hipocresía estuvo esperando el momento favorable para matar las libertades aragonesas, y ya hemos visto en otro lugar de qué modo, y aprovechándose del primer pretexto que se ofreció, no sólo se ensañó con las personas, sino que atacando rudamente las instituciones, derribólas para inutilizar de este modo cuanto pudiera hacer sombra á su autoridad.

La pérdida de las libertades españolas que tanta sangre y tantos sacrificios costaron, fueron á perecer en Villalar y en Zaragoza, entre sangre también por la mano de dos monarcas extranjeros, siendo esto, como dice muy bien Lafuente, lo que en política debió la nacion á los dos primeros reyes de la casa de Austria.

No mayores ventajas obtuvo el país con la política exterior seguida por Felipe II.

Si en el interior ya hemos visto la mala administracion, la miseria, la despoblacion y la impotencia de las Cortes, en el exterior no veremos más que guerras ruinosas y empresas fracasadas, que consumían nuestros tesoros y llevaban á morir en ellas millares de

(1) Lafuente, *Historia de España*, p. III, lib. II.

hombres arrebatados al trabajo y á la prosperidad del suelo patrio.

Las victorias de San Quintín y Gravelinas y la paz de Cateau-Cambresis y de Cavé, con el Pontífice ésta, y con Enrique II de Francia aquélla, fueron los pasos felices con que inauguró su reinado, pasos felices casi únicos que dió durante su larga permanencia en el trono.

Su espíritu religioso y la especie de tradicion que ya existía en España respecto á los infieles, parecía incitarle á proseguir las empresas que en este país se habian llevado á cabo contra ellos, mas con el desacierto que parecía presidir á la mayoría de los actos de aquel Monarca, que despues de haberlos meditado mucho, generalmente le daban un resultado contrario á lo que se proponía, en vez de procurar poner coto á las depredaciones de los corsarios turcos y moros, que hacían de las costas españolas el lugar predilecto para ejercer sus piraterías, dió oídos al duque de Medinaceli, maestro de Malta y virey de Sicilia, y emprendió la reconquista de Trípoli, que no dió por resultado más que el desastre de los Gelves, parecido al que Carlos V habia sufrido en su expedicion á Argel.

Alentados con su triunfo los turcos, embisten las plazas de Oran y Mazalquivir, y si pudimos conservarlas merced á la intrepidez y valor del conde de Alcaudete y de su hermano D. Martin de Córdoba, también nos costó la pérdida de otra flota en 1663.

Otra empresa de Felipe fué la de la reconquista del Peñon de la Gomera, llevada á cabo por Sancho de Leiva y D. García de Toledo, pero á costa de dos expediciones y atrayendo sobre los españoles la cólera del sultan, viéndose obligado Felipe á acudir en auxilio de Malta.

La Valette, el célebre gran maestro de los caballeros de esta Orden, habíase portado constantemente con los monarcas españoles como un buen auxiliar, y al verse poderosamente atacado por las fuerzas musulmanas tenía Felipe el ineludible deber de acudir en su socorro.

¿Cómo lo hizo? ¿De qué manera cumplió con lo que la gratitud y el deber exigían de él? Salvóse Malta despues de haber sido héroes todos sus defensores, pero la lentitud y la excesiva prudencia de Felipe causaron muchas víctimas que de otro modo tal vez se hubieran evitado.

La pérdida de Túnez, que nos arrebató por medio de un golpe atrevido Uluch-Alí, los excesos cometidos por los turcos en Nicosia y Famagusta, y la amenaza perenne que para el Cristianismo estaba siendo la preponderancia musulmana, hacían necesario un supremo esfuerzo.

El golfo de Lepanto presencia el más famoso de los combates; el laurel de la victoria osténtase sobre el estandarte cristiano, y la cristiandad gozocijada considera hundido para siempre el poder de los infieles.

Únicamente Felipe II, sin aparentar que se alegraba, impassible y tranquilo prosiguió rezando en el Escorial, y con su política suspicaz y recelosa, impidió que de aquella victoria se sacase todo el partido que se debía.

Es verdad que también contribuyó á ello en gran manera el desacuerdo de los aliados, la falta de union que debía existir y que no existió porque cada uno, ó muchos de ellos al menos, obraron movidos por su propio interés, pero de todos modos Felipe, bien fuera, como apuntan algunos historiadores, por las inquietudes que le causara el prestigio y la elevacion que adquiría su hermano don Juan, bien por la irresolucion y lentitud con que generalmente obraba, tuvo gran parte de culpa en ello.

Los venecianos se separaron de la liga; Felipe envía á su hermano D. Juan con poderosa armada á Túnez; apodérase de esta plaza el valiente vencedor de Lepanto, pero á los dos años todo el poder de los turcos cae sobre aquella plaza, y no sólo Túnez, sino la Goleta, las fortalezas que sintetizaban una de las glorias mayores de Carlos V, cayeron de nuevo en poder de los infieles, perdiéndolas España para siempre.

De aquí nació la paz que tuvo Felipe que ajustar con Amurat III, á fin de librar sus posesiones del litoral de España é Italia de los ataques de los piratas, paz que jamás estuvo bien cumplida, pues las depredaciones y las piraterías prosiguieron por parte de turcos y africanos.

Ahora bien, las guerras contra los infieles durante este reinado ¿produjeron algún beneficio á España? Podrían ser, como efectivamente fueron, de gran provecho para la cristiandad, pues si no pudieron extinguir por completo el poder musulman enfrenáronlo bastante, pero España sólo alcanzó en esto una gloria muy grande, es verdad, una gloria imperecedera como la de Lepanto, pero gloria que, como las demas referentes á este asunto, se compraron muy caras.

En nada se aumentó el poder de la nacion en las costas africanas, por el contrario, perdimos todavía, y á vuelta de tantos combates solamente nos quedó el haber gastado sumas inmensas en aquellas expediciones, haber sufrido grandes reveses, haber sacrificado millares de hombres, perder Túnez y la Goleta, y finalmente, tener que negociar una paz con el turco cuando ya el poder de éste se había eclipsado en gran manera.



J. SERRA, LIT.

L. VIDAL, DINO, SC.

EL MARQUÉS DE LOS VELEZ.

CAPITULO CLXVIII.

La guerra de los moriscos.—Consecuencias que tuvo para España.

INTOLERANTE, cruel y antipolítica fué la conducta seguida por Felipe II con los moriscos de Granada, conducta por otra parte ajustada al carácter de aquel Monarca, cuyas ideas, llevadas á la exageración, le hicieron cometer faltas políticas de gran trascendencia.

Si á las estipulaciones de Granada se había faltado ya aún en vida de los Reyes Católicos; si el mismo Carlos V no pudo ocultar el disgusto que le causaba la estancia en su reino de aquellos infieles á pesar de serle tan útiles, ¿no era lógico, teniendo en cuenta la diferencia que mediaba entre las condiciones de Isabel, Carlos y Felipe, esperar que la suerte de aquellos restos del pueblo musulmán se agravase de un modo extraordinario durante el reinado del hijo del Emperador?

Si intolerante se mostraba con los protestantes de sus otros Estados ¿no había de mostrarse más duro con los infieles que tenía junto a sí?

Las estipulaciones de Granada dejaban á los moros el libre ejercicio de su religión, concediéndoles además otros derechos, y á despecho de esto empleóse posteriormente la violencia para obligarles á hacerse cristianos, sin tener en cuenta, como ya hemos dicho en otro lugar, que lo que á la fuerza se impone, tarde ó temprano con la misma fuerza se rechaza.

Muchas vejaciones habían sufrido los moros durante los reinados anteriores, pero como si éstas no hubiesen sido suficientes, Felipe aumentó su rigor con ellos, hasta que finalmente su pragmática de 17 de noviembre de 1566 fué á colmar la medida del sufrimiento y á determinar la formidable insurrección de que en otro lugar dimos cuenta.

Difícilmente existe un pueblo que dócilmente se resigne á renunciar á su fe, á abandonar su culto, su idioma, sus costumbres y hasta su traje; imposible es que existan padres que puedan consentir en desprenderse de sus hijos sin luchar con obstinación, sin derramar hasta la última gota de su sangre, y con doble motivo cuando tenían garantido todo lo que entonces se les negaba, bajo la solemnidad de capitulaciones firmadas por los mismos monarcas.

Además, este pueblo encerraba en sí toda la riqueza de la nación; la agricultura, la industria, las artes, aún la misma ciencia, eran cultivadas por los moros, y teniendo la conciencia de su propio valer, no es extraño que se irritasen doblemente viéndose con tal rudeza castigados.

Y sin embargo, ántes de recurrir al último extremo, á la última razón de los pueblos oprimidos, ántes de lanzarse á la pelea, emplearon la súplica.

Aquella desgraciada población morisca que únicamente por el cariño que tenía al suelo en que había nacido pudo sufrir tan dilatada serie de vejaciones y de atropellos, puso por intercesoras para con el Monarca respetables personas, procuró demostrar toda la justicia que la asistía, y trató de conmovérle con la relación exacta de su infortunio.

Pero inútil empeño; no es fácil con razones ablandar una pena, y el corazón de Felipe II, ni se conmovía ante el dolor, ni se afectaba por el llanto. Las reclamaciones de los moriscos fueron desechadas, y los moros no tuvieron otro remedio que lanzarse á los ásperos breñales de la Alpujarra.

Trocado en odio el sufrimiento, en iracunda y vengativa saña la anterior resignación, en crueldad el temor pasado y en locura el dolor, no hubo crimen que no cometiesen aquellos feroces y bravíos montañeses, ni refinamiento de horror y de barbarie que no llevaran á cabo.

Un descendiente de los antiguos Beni-Omeyas es elegido por rey bajo el nombre de Aben-Humeya; el abencerraje Aben-Farrax se pone al frente de los terribles monjes y todo cuanto de más abominable, de más cruel y sanguinario, de más horriblemente repugnante puede concebir la mente, es ejecutado por aquellas gentes que habían ido atesorando por espacio de un siglo todo el odio, toda la amargura, todas las humillaciones que entonces estallaban con violenta furia.

Las desdichadas familias cristianas que habitaban en los lugares de la sierra, los desgraciados sacerdotes, los soldados sorprendidos por las desalmadas hordas mueren entre los más horribles tormentos, y tantas y tales fueron las barbaridades cometidas por aquellas, que aún el mismo Aben-Humeya hubo de reprobarlas, poniendo coto á los desmanes de Aben-Farrax y los suyos.

Sobradamente torpe había andado Felipe dando margen á que estallase la lucha, más ya entablada, y en las condiciones que los infieles lo habían hecho, hacíase preciso terminarla con energía y con prontitud.

Más para esto hubiera sido necesario que una vez al menos Felipe II, obrando con la necesaria discreción, escuchara la voz de la razón y de la justicia, pero como no fué así, la guerra se prolongó extraordinariamente.

Los marqueses de Mondéjar y de los Vélez atacaron á los musulmanes por la parte de Almería éste, y por la de Granada aquél, con tanta energía y tal actividad, que bien pronto, y especialmente,

gracias á la prudencia y al valor del de Mondéjar, la insurrección quedó casi terminada.

Pero la política del Marques era más bien de atracción que de exterminio; en su bandera se leía más bien el perdón y el olvido que la sangre y el fuego; había más prudencia que odio intolerante en sus acciones, y no era posible que satisficiera á los que de otro modo pensaban.

De aquí que el tiempo que el Marques hubiera podido emplear con éxito en dejar terminada la insurrección, tuvo que emplearle en desbaratar todas las calumnias contra él levantadas en la corte, y de aquí que, brotando de entre las cenizas el mal apagado fuego de la insurrección tomó mayores bríos aprovechándose de la ausencia del Marques, llegando á inspirar verdaderos temores.

Es decir que Felipe, que la había provocado con su proceder, cometió una nueva falta prestando oídos á la envidia y á la calumnia, y separando por consecuencia de ellas al de Mondéjar del puesto que desempeñaba, haciéndose insuficientes para dominar aquella guerra, lo mismo los refuerzos que se enviaron de la Península que los que trajo de Italia el comendador mayor Requesens, y cuantos medios se pusieron en juego.

Felizmente, no la iniciativa ni el deseo del Monarca, sino el afán de gloria y su belicoso anhelo, pusieron á D. Juan de Austria al frente de aquella empresa, y aún cuando parece que su mismo hermano, envidioso de la fama y prez que había de alcanzar en ella, trató de crearle obstáculos, sujetándole, por decirlo así, á las deliberaciones y acuerdos del Consejo de Granada, que tuvo por un buen espacio paralizados todos sus esfuerzos, llegó á conseguir finalmente su propósito.

Y entre tanto los moros seguían cometiendo tropelías, D. Juan sufriendo por la inacción á que se hallaba condenado y el Consejo deliberando mientras la insurrección crecía.

Quién sabe el tiempo que así se hubiese pasado á no decidirse el joven Príncipe por representar enérgicamente á su hermano los males que estaban siguiéndose de semejante inacción y la necesidad de proceder pronto á su remedio.

Felipe hubo de ceder, y D. Juan de Austria en sus primeras armas probó lo que había de llegar á ser. Resueltamente se lanza sobre las fortalezas de la sierra, las asalta, pasa á cuchillo á sus defensores, los destruye, siembra de sal aquel suelo, y cuando ha demostrado á los infieles que sabe vencerlos con el hierro, procura ganarlos y atraerlos con la generosidad, con los suaves castigos, y finalmente con el perdón.

Y los resultados no se hacen esperar; Aben-Aboó, que había asesinado á Aben-Humeya usurpándole su irrisoria soberanía, asesina también al Habaquí y trata de engañar á D. Juan, pero á su vez muere asesinado y con esta muerte da término la insurrección, puesto que ya la mayoría de las tahas rebeldes habían depuesto las armas.

Cuán distinta fué la conducta seguida por Felipe II! Después de los errores cometidos hasta entonces, su último decreto, envolviendo en la misma suerte á los inocentes que á los culpables, es de lo más inicuo que puede concebirse.

«Que todos los moradores de la Alcazaba y del Albaicín, desde diez años hasta sesenta, seap arrancados de sus hogares y diseminados por lo interior del reino; que sus hijos menores queden en poder de los cristianos para educarlos en la fe.

«Que todos los moros de paz sean sacados de Granada y derramados por Castilla.

«Que todos los moriscos que hayan quedado, sin distinción, sean recogidos y encerrados en las iglesias, y transportados luego en escuadras de á mil quinientos bajo partida de registro á los distritos que se les señalen.»

Así decían algunas de las disposiciones de aquel Monarca, y si á enumerarlas fuéramos todas, tras de encontrar en ellas el mismo espíritu, habríamos de ocupar un mayor espacio del que podemos disponer.

Los que no habían tomado parte en la insurrección, los *moros de paz*, como ya decía la misma cédula, quedaban condenados al nivel de los culpables, y, como dice muy bien un historiador de nuestro tiempo, «aquellos desdichados, congregados primero como rebaños de ovejas, despojados de sus bienes, arrojados de sus hogares, privados de sus hijos, perecían en los caminos de hambre, de fatiga, de tristeza ó de malos tratamientos.»

Duro es el juicio que el historiador imparcial puede emitir sobre la mayoría de los actos de Felipe II, y especialmente sobre los referentes á este asunto, porque nada existe en él que no respire el odio y la saña más violenta.

Sus imprudentes exigencias provocaron la rebelión y el carácter sangriento que ésta tomó; en vez de elogiar la prudente conducta del marques de Mondéjar, desaprobóla, prestando con ello nuevo pábulo al incendio, y cuando le hubo terminado, en vez de mostrarse generoso y grande en el triunfo, le empuñó con la depoblación de todo el reino granadino, con el castigo del inocente y con las tiranías, la intolerancia y los atropellos que cometió con los vecinos.



J. SERRA, LII.

L. VIDAL, OImo, 27.

EL CARDENAL GRANVELA.